



PRECIO PARA LA VENTA

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

NÚMEROS ATRASADOS

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 » extraordinarios... » 5

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
 PROVINCIAS: » » » 3
 EXTRANJERO: año... » 15

Ordinario... Ptas. 0,25
 Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — § — A toda suscripción acompañese el importe en libranza ó sellos.

ANOMALIAS

CUIDADO, señores cajistas, con equivocarse en una sola letra, haciéndome decir lo que no quiero; que para expresar una idea, no ha entrado nunca en mis calculos usar voces ó palabras que puedan ofender a quien á mí no me ofenda personalmente.

Voy á exponer muy á la ligera, aunque materia hay para extenderse mucho, algunas anomalías que, por ignorancia del arte taurino, pasan como cosa corriente, admitidas por la generalidad del público — y apoyadas por las autoridades — que suelen estar en muchas ocasiones á la misma altura que el vulgo, ó más bajas aún.

Frecuentemente excita el pueblo a los picadores, y la autoridad también, por medio de avisos intempestivos, á que salgan al límite de los tercios del redondel á obligar al toro para que entre á varas, precisamente cuando se halla en el estado de *parado*, y tal vez con el hocico en tierra; esta es una anomalía que no tiene explicación, y que puede acarrear funestas consecuencias. El jinete no debe nunca salir más allá del final del primer tercio de la Plaza, contando desde las tablas, es decir, cuatro ó seis metros lo más separado de ellas, porque su terreno no es el de afuera, y porque los toros en esas condiciones se sienten acosados y no suelen embestir sino á golpe seguro y con gran pujanza, quedando sin ejecutar la suerte de vara, y consiguientemente tan sólo caídas que podrán ser del agrado del pueblo bárbaro, pero no de los inteligentes. En este particular, ya que la autoridad no sepa lo que debe hacerse, al primer espada corresponde ordenar la retirada del picador á su sitio, y el cambio de colocación del toro, llevándole á otro lugar con los capotes.

De banderilleros nada quiero decir. Desde que necesitan media docena de peones para que les preparen los toros, y los igualen, y los *claven* en sitio fijo, no merecen que de ellos se hable. Les falta «pecho» y les sobra ignorancia, salvas muy contadas excepciones.

Pero en la suerte de matar ya hay mucho en que ocuparse, que son infinitas las aberraciones y anomalías que en ella se observan, hasta por la gente que se considera entendida. No voy á repetir lo tantas veces pregonado acerca del modo de estoquear los toros, prepararlos y tantearlos: es otro género de *hechos* que apuntaré para que salga de su error quien lo abrigue con sinceridad ó sin ella. Suele un espada necesitar frecuentemente un peón que, en los pases de muleta, le ayude á volver el toro por el lado contrario; y sin tener en cuenta si el animal es pegajoso ó de los que se ciñen, ó de senti-

do, grítanle que se quede solo, ni más ni menos que si se tratase de un becerrote noble, bravo y boyante; sufre el desaire de que cualquier res le arrebatase de las manos y se lleve en los cuernos la muleta, y le apostrofan como si la fuerza de un hombre pudiese contrarrestar la de la potente fiera; dobla manos en tierra un toro y se echa mortalmente herido con una ó más estocadas; llega el puntillero, aprieta el estoque, introduciéndole más para facilitar el cachete, y le silban, y hasta el Presidente suele apercibirle ó multarle, que de todo se han dado casos. En primer lugar, si el toro está en el suelo, ya pertenece al puntillero que con él puede y debe hacer cuanto contribuya á facilitar la brevedad en la agonía del bicho y en la ejecución de la lidia; y en segundo término, ¿qué acto de lucimiento puede ya dar de sí una res moribunda?

Este afán de entrometerse hasta en el modo con que han de ser lidiadas las reses, va ya picando en historia. No se juzga *à posteriori*, sino *à priori*. Estamos viendo continuamente que un matador se prepara á entrar á herir, y el público se lo impide con sus voces, dando á entender que ve más que él, y sin calcular que tal vez el matador contase con la favorable circunstancia de mejora de terreno, de proximidad de querencia ú otra que á nadie más que á él es dado apreciar en momento tan peligroso.

Pero si hay más: en la primera corrida de abono de esta segunda temporada, el matador Fernando Gómez estoqueó un toro como pudo, tardó en despacharle, y la Presidencia le envió el aviso reglamentario para que acelerase la lidia, en lo cual obró con arreglo á sus facultades: entonces el diestro, apelando á uno de los recursos que recomienda la tauromaquia, se fué á los bajos del pecho del toro, y convencido de que no necesitaba más para morir, tomó el hombre el camino de la Presidencia para hacer el saludo de costumbre. Nunca hubiera hecho tal cosa: el público se indignó y vociferó, y el Presidente... le llamó después á su palco para reconvenirle. ¡Todo un Alcalde de Madrid, en su palco presidencial, dando lecciones de tauromaquia al maestro Fernando Gómez! «No vuelva usted á tener esos arranques, parece que le dijo; el matador no debe retirarse hasta que el toro caiga, y lo que ha hecho usted es un desaire al público y á la autoridad.»

Malo es que los espectadores se sientan sabios siendo ignorantes; pero es peor que los Presidentes no sepan á qué van al Circo, ni cuáles son sus obligaciones. Fernando debió remitir á aquel señor Alcalde un tratado de tauromaquia de Montes, autoridad superior en la materia, y señalarle, para

que los aprendiera, aquellos párrafos en que el gran maestro dice: «Se conoce que la espada corta la herradura, en que entra oblicua, un poco baja y en el pecho: el toro se detiene un poco, se queda en pie, pero sin fuerzas, y no arroja sangre ni por la herida ni por parte alguna, y al poco tiempo cae muerto, sin necesitar á veces de puntilla. *Da una idea muy brillante del diestro y de su inteligencia*, el conocer cuando la estocada corta la herradura; pues en este caso se irá á hacer la cortesia de costumbre, dejando en pie al toro, y á los espectadores suspensos momentáneamente, porque la pronta muerte de aquél, quitándoles la duda, les da un testimonio de la maestría del ejecutor.»

¿Qué diría al ver esto aquella autoridad? ¿Qué diran los gritadores de oficio, y los que se creen inteligentes y formaron coro entonces?

Puede que digan, que ellos saben más que Montes ¡Hay ahora tanto *sabio*, que hasta los *monos* de Plaza llevan ese calificativo!

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

CAMBIOS EN LA CABEZA

En una de las revistas de sociedad que publica *Mas-cara* en *La Epoca*, se leía, no há muchos días, lo siguiente:

«... Respecto á las modas para hombres, lo más curioso es que, con la afición á nuestra fiesta nacional, ha pasado las fronteras, y se ha impuesto en seguida, el sombrero *torero* como dicen los franceses, que es igual casi al cordobés que por acá se estila.

»Lo que comunicamos á Mariano de Cavia para su conocimiento y crónicas consiguientes.»

El aludido no se ha hecho cargo — que yo sepa — de esa invitación al wals periodístico; y es lástima, porque el asunto es curioso, y ofrece desde luego un interés *capital*.

Como que se trata de verdaderos y efectivos «cambios en la cabeza»; y éstos siempre han sido interesantes, por más que esté la suerte amenazada de perder su mérito, de tanto como la prodigamos.

Mientras en Bilbao se abren Escuelas de Tauromaquia, y en Barcelona surgen «señoritas toreras» y niños forrados de lo mismo, y Zaragoza triunfa con un *Villita* y un *Chato*, en Sevilla... construyen un Frontón.

Mientras los chicos madrileños se calan la boina y va *euskarizándose* la chulería, los muchachos vizcaínos se ponen el sombrero cordobés; y á pesar de los cuatro intransigentes del *Bizkaitarra*, ¡la Euskalerría se va *achulando*!

Ya lo decía Peña y Goñi derramando lágrimas gordas como las pelotas de Modesto Sáinz, en su libro *La pelota y los pelotaris*:

«... Los pelotaris de entonces ganaban poco dinero, pero gastaban buen humor. Los de hoy juegan á la pelota con los toreros, y acabarán por dar volapiés...»

LA LIDIA



Lo mismo que decimos los doctores en ambos pitones:

— ¡Los toreros de hoy acabarán por matar de botibolea y revés-aire!

Si esto no es abusar de los «cambios en la cabeza», que venga *Saungoicoa* y lo *diguele*. (No se dirá que no estoy en el movimiento al mezclar el habla de Irún y Portal con la del Lavi y el Zafrita.)

Va el hijo de Rentería ó de Azepeitia á Buenos Aires y Montevideo, y vuelve con el dejo dulzón de la tierra del tango y el tongo.

Va el hijo del Perchel ó de la calle del Salitre á las famosas *Arènes* del Mediodía de Francia, y vuelve con el dejo... de «no arrimarse».

Hace tres ó cuatro años, un chicuelo aragonés, un *batarrico*, no recuerdo si de Calatorao ó de Riela, vencia gloriosamente en el *Jai-Alai* de Huesca (porque hasta en Huesca ¡ay! hay *Jai-Alai*) á un célebre jugador de pala, natural y vecino de Ondárroa; y recuerdo también que, hará otros dos ó tres años, salieron tres *pelotaires* valencianos — pues lo de *pelotari* no cabe en lemosin — lanzando á todos los demás de España, Francia y América, un reto á guante, y atravesando en el partido nada menos que la suma de cincuenta mil pesetas... No faltó sino que á ese reto saliese contestando Gamborena con este otro:

— Pues yo apuesto la misma cantidad ¡*arrayúa!* á ver quién canta unos *albaes*, y guisa mejor que yo el *arros* en *fesols* y *naps*.

No llegaron las cosas á ese punto — al punto del arroz; — pero el hecho es que de entonces acá, donde antes era reina y señora la clásica boina, sigue triunfando el sombrero cordobés, y con él la americana cortita y el pantalón ajustado de caderas y demás, y los tufos hacia el público; ¡lo mismo, en fin, que triunfa en Barcelona, en Zaragoza y en la Coruña!

Entre tanto, el hijo de Lavapiés se pone la boina, y el de Córdoba amanecerá mañana con barretina, con lo cual nadie tendrá derecho á decirles que se extranjerizan. Estos «cambios en la cabeza» siempre lo son en la cabeza de la res... ó de la patria, como si dijéramos.

Al fin y al cabo ¿nos salimos de lo nuestro? No. Se trata, por consiguiente, de un *disloque* doméstico. Aunque en cualquiera de estos días viéramos á Reverte toreando con el *cachirulo* aragonés ceñido á la cabeza, y á Bombita ostentando la montera murciana — ¡ó la gallega! — no tendríamos más remedio que reconocer que todo se quedaba en casa, como suele decirse.

Lo que ya no me parece tan aceptable, á pesar de las simpatías que naturalmente pueda inspirarme el *furor tauromachicus* (como diría Bismarck latinizando) que se ha apoderado de muchos franceses, es que nuestros vecinos, al adoptar la afición taurina, se nos lleven también el sombrero *torrero* de que habla *Mascarilla* en *La Epoca*.

¿Por qué?

Porque nos devolverán la prenda muy echada á perder.

Y no quiero decir con esto que nos devuelvan estropeado ó deteriorado el tal sombrero «casi igual al cordobés». Todo lo contrario. Los franceses nos devolverán la prenda mejorada en quinto y tercio á su manera (muy *chic*, muy *pschutt*, muy *fashionable*), y eso es precisamente lo temible; porque es muy fácil que entonces les dé á las gentes por llevar sombreros cordobeses... á la francesa.

Y será cosa, cuando los veamos, de exclamar parodiando á Garcilaso:

*¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
muy españolas... cuando Dios quería!*

De los sombreros que se han puesto de moda en Francia (y en Francia se han fabricado de seguro), habrá que decir, por bonitos que sean, lo que decía aquel cosechero del Campo de Cariñena, á quien le dieron á probar en una gran bodega de Burdeos, con mucho aparato y solemnidad, un famoso *Château-Iquem* del año del cometa:

— ¡Lástima de vino!... Me parece que lo han *malmetido* ustedes.

Hartas cosas nos han echado á perder los franceses con sus arreglos y composturas, cambios y cambalaches, remedos ó imitaciones, para que no tengamos derecho á pedirles que no nos *malmetan*, como dijo el otro, nuestro clásico *couvre-chef*, como dicen ellos.

A bien que en este punto no tenemos para qué hacernos de nuevas. Es cosa que podemos lamentar, mas no extrañar.

La montera torera

¿no es símbolo gentil de España entera?

Sin duda. Pues por eso el extranjero,

por halagar á España á lo torero...

¡se pone á España entera por montera!

SOBAQUILLO.

Nuestro dibujo.

EL PICADOR «PARRAO»

O el *viejo Parrao*, como le llaman familiarmente los aficionados, no porque sus años lo coloquen de hecho ni de derecho en esa respetable categoría, sino porque la profesión de torero trabaja mucho la naturaleza, y son pocos los que á cierta edad continúan en el ejercicio activo de la misma.

José Hernández Moyano (no Fernández, como por error de caja se consigna en el epigrafe del dibujo), conocido por

Parrao, tendrá ahora cincuenta y cuatro ó cincuenta y cinco años, puesto que nació en la inagotable taurina Sevilla por los de cuarenta á cuarenta y uno, altura á la que un hombre no puede considerarse todavía en realidad como *mandado recoger*. Huérfano de padre á los siete años, y sin la traba de la autoridad paternal que lo sujetase, poco tiempo después emprendió, en unión de otros mozoletos de sus circunstancias, las correrías taurinas que suelen preceder á la resolución de lanzarse en los peligros de la profesión, dedicándose en un principio al toreo de á pie.

La buena amistad y los consejos de los famosos picadores Francisco y José Sevilla, influyeron en la determinación de cambiar el toreo de á pie por el de á caballo, sirviéndole de aprendizaje en esta nueva fase los tentaderos de las ganaderías de Benjumea, Núñez de Prado, Lesaca, Miura y otras igualmente acreditadas de la región andaluza, y alternando ya al cumplir los veinte años, con los notables piqueros Paco Calderón y Juan Trigo, en la Plaza de Sevilla.

Sus buenas condiciones para el trabajo le abrieron pronto camino, contribuyendo no poco á su reputación el Sr. Manuel Domínguez, que con su gran prestigio y el cariño que tomó á Parrao, le orilló los obstáculos con que tropiezan siempre los que emprenden una profesión. Retirado el Sr. Manuel y cimentadas las bases, toreó el nuevo picador sucesivamente con Bocanegra, el Gordito, Currito, Cara ancha y el Espartero, siempre por Andalucía, y sin que de Despenaperros acá tuviesen los aficionados ocasión de apreciar á lidiador de á caballo tan reputado y aplaudido en el apogeo de sus facultades.

Sólo cuando el valiente muchacho Antonio Reverte, después de armar aquella revolución en las novilladas, se invirtió de la alternativa de matador de toros y tuvo que formar una cuadrilla, apareció en los carteles de nuestras corridas con alguna repetición el nombre del picador Parrao, en condiciones en que estaba ya iniciada la cuesta abajo de la vida, y en que cooperaban á difundir el popular sobrenombre dos hijos del *viejo* piquero, toreros también: uno José, conocido por *Parraito*, íntimo compañero del inolvidable Espartero muerto como él por un toro en la Plaza del Castillo de los Guardas (Sevilla), y otro, Joaquín, el matador de novillos, tan aplaudido este año en cuantas corridas ha tomado parte.

Así y todo, y con medio siglo encima, José Hernández Moyano demostró, á las primeras de cambio, que como picador de toros iba donde el primero, y un poquito más allá de donde van los jóvenes que hoy se estilan en ese ramo, y en los que se revela tanta falta de conciencia como sobra de pretensiones.

Parrao hizo en pocas corridas y á los cincuenta años, en Madrid, el mismo cartel que había hecho en su juventud por Andalucía. Airoso y alegre á caballo, decidido y franco á la suerte y concienzudo y artístico en la reunión, si bien al principio el público tardó en entregarse, como sucede siempre que no conoce una cosa, al fin rompió el hielo y se rindió á discreción, alentando y aplaudiendo gozoso la voluntad y la valentía del veterano jinete. Desde entonces ha sido y es, con justicia, uno de los diestros preferidos por la Plaza de Madrid y por los amigos de la verdad en el toreo.

Tiene, sin embargo, el sistema de torear sin *tranquillo*, sus inconvenientes; y el primero y principal el de que los que le practican suelen ser muy castigados por las reses. En este número se encuentra Parrao: su manera de alegrar los toros á la carrera y el entrar en suerte á caballo levantado, le originan por regla general terribles caídas de fatigullo, que si afectan siempre á una humanidad robusta, son mucho más sensibles y peligrosas en una naturaleza trabajada.

Por esta razón es evidente que el picador Parrao no podrá defenderse ya por mucho tiempo de los toros; pero quépale la satisfacción de que cuando figure entre los *pasivos* del arte, los que recordemos su valentía, su voluntad y su apostura en el redondel, al par que sus dotes particulares de honradez, modestia y respetuosidad, no podremos menos de exclamar con admiración y cariño:

— ¡Vaya un *viejo!*...

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Toros en Madrid.

13.^a CORRIDA DE ABONO. — 6 OCTUBRE DE 1895

*Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado
fueron un tiempo, Táurica famosa;
hoy no son otra cosa
que un Circo vergonzante y arruinado.*

Arruinado, sí; porque las eminencias taurinas en que confiábamos nos van saliendo huera, y no nos queda más remedio que doblarnos ante la pesadumbre que nos produce la anemia que va consumiendo la fiesta nacional. Alguien dirá que esto es una lamentación de Jeremías; pero no es sino una verdad más grande que el Banco de España.

*Y derramada una lágrima
á la memoria de aquél,*

paso á narrar las hazañas de los seis toros de Miura, que en colaboración con Mazzantini, Lagartijillo y Villita, componían los elementos de la trece ¡mal número! corrida de abono.

A las tres y media, con tarde encapotada, pero otoñal y entrada de difuntos, pisó la arena el

1.^o *Baratero*; negro meano, zanquilargo, flaco y estrecho, resentido de los cuartos traseros, cornicorto y caído del derecho. Voluntario pero apurado de facultades, tomó seis puyazos de Macipe, que tomaba la alternativa (¡dale con las alternativas!), el Sastre y Chato, derribándole cinco veces y sin novedad para la empresa de caballos. Cortando algo en banderillas, Galea cuarteó un buen par y tiró medio, y Regaterillo cuarteó otro desigual y aprovechó el último. Noble al principio é incierto luego, Mazzantini, de azul turquí y oro, le pasó con una docena de naturales, cinco de telón, tres con la derecha, uno

cambiado y dos redondos, para una estocada á volapié, caída y delantera.

2.^o *Javaito*; negro entrelado, bragado, largo y estrecho, y alto y veleta de cuernos. Algo tardó, pero bravo, se arrimó seis veces á los de aupa, que cayeron cinco y dejaron dos alimañas en el ruedo. Eran ellos Macipe, Tres Calés é Infante. Incierta pasó la res al segundo tercio, que desempeñaron: Taravilla, con un par cuarteando, muy bueno, y otro en dicha forma, desigual; y Berrinches con otro de igual género. Lagartijillo, de lila y oro, intercaló, entre quince pases naturales, seis con la derecha y cuatro de telón, un desarme, un pinchazo sin soltar en las costillas, otro desarme, un pinchazo en hueso á paso de banderillas y una estocada en igual forma, atravesada, pasada y tendida.

3.^o *Avetardo*; castaño asardado, salpicado, buen mozo, bien criado y cornivuelto. Muy voluntario en varas, aguantó ocho de Macipe, Cirilo y Chano, por tres caídas y un caballo. Acudiendo en banderillas, Tomás Recatero dejó uno al relance, bueno, y otro al cuarteo desigual, y el Chato uno al cuarteo, malo, y otro aprovechando. Borrego en el último tercio, Villita, de grana y oro, le tomó dos veces al natural, dos de telón y uno cambiado, para una estocada á volapié, superior.

4.^o *Espejuelo*; castaño bragado, de buena lámina y cornalón. Voluntario y de poder en la primera parte, cumplió con siete pinchazos de Macipe, Chato y Sastre, por tres caídas y un caballo, como el anterior. Quedado en palos, Tomás Mazzantini cuarteó par y medio, buenos, y Juan sobaquilleó otro que resultó pasado. Llegó boyante á la muerte, dándose la D. Luis de una estocada á volapié un poco caída, pero honda, después de siete pases naturales, tres con la derecha y uno de telón.

5.^o *Coriano*; cárdeno, chorreado, bragado, de lámina y adelantado de pitones. Tardó, pero duro, tomó cinco puyazos que originaron otros tantos descendimientos, y mató un caballo; siendo los caballeros Macipe, Infante y Tres Calés. Levantadillo en banderillas, Maguele cuarteó un par mediano y dejó otro á la media vuelta, y Berrinches otro cuarteando y pasado. Algo quedado en la suprema, Lagartijillo, con seis naturales, tres con la derecha y uno ayudado, señaló un pinchazo á volapié, en las tablas, y acabó con una estocada en iguales circunstancias.

6.^o *Almendrito*; castaño alfé negro, bragado, listón, resentido de los cuartos traseros (¿también?) y adelantado y afilado de astas. Villita le sacó con tres verónicas, una navarra y otra de farol. Cumpliendo en varas, tomó seis de Macipe, Cirilo y Chano, ocasionando tres vuelcos y despachando dos acémilas. Se dejó banderillar bien por los matadores que lo hicieron mal: Villita con un par aguantando al toro, delantero; Lagartijillo con medio cuarteando y Mazzantini con otro entero de frente, abierto; y revolviéndose un tanto para la muerte, Villita salió del paso con seis naturales, dos con la derecha y uno cambiado, para media estocada á volapié en su sitio, y un intento de descabello.

RESUMEN

Las reses de Miura, en cuanto á presencia, desiguales. Algunas sacudidas de carnes, otras de buen tipo y todas de discreto tamaño. La pinta variada y agradable. Demostrando sangre para la primera suerte, y buenas condiciones de lidia para las demás. Sólo la segunda justificó á la muerte las prevenciones con que generalmente se las juzga, y que van siendo infundadas, puesto que es indudable que la ganadería va ganando en nobleza y en finura. La corrida de ayer cumplió, sin ser una notabilidad.

Mazzantini. — En la faena del primero, confiado pero movido; si hubiese fijado al toro en los primeros pases, no hubiera tenido luego que abusar de ellos. Entró bien á matar. En el cuarto, la brega resultó algo embarullada, porque la res se comía el trapo, y estas condiciones no son las más favorables para D. Luis. Se perfiló y entró bien á herir. En banderillas, llegando nada más. Bien en algunos quites y dirigiendo.

Lagartijillo. — Al comenzar la faena del segundo, estuvo animoso, aunque toreando de lejos; luego se hizo pesado, y el diestro se desconcertó, necesitando la ayuda de toda la cuadrilla, y poniendo en tensión los nervios de la concurrencia. En el quinto, embarullado é inoportuno, por empeñarse en no dar á los toros la lidia que piden. Entró á matar con valor en las tablas, sin tener salida suficiente. Nada en lo demás.

Villita. — Mucho mejor que en la alternativa. La brega del tercero fué breve y parando mucho. Se colocó muy en corto para herir, y el toro le ayudó mucho, clavándosele en el estoque superiormente. La faena del último, rudimentaria y mala como ella sola. Lo único bueno fué la entrada á matar. En banderillas y en algunos quites con mucha vista, y aceptable en los lances de capa.

De los picadores, el alternante, por su voluntad picando los seis toros, el Chato y el Chano. De los banderilleros, Galea, Tomás Recatero, Tomás Mazzantini y Taravilla, en un par cada uno. Bregando, este último y Juan. La Presidencia, bien.

*Y colorín colorado,
esta ya la hemos tragado.*

Don Cándido

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

DE

JULIAN PALACIOS

27, CALLE DEL ARENAL, 27.—MADRID

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de toda clase de trabajos artísticos y comerciales.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arrenal, 27.—Teléfono 133.